

joya que guardó siempre preciosamente y de la que se revestía en los días solemnes de Pascua y de Pentecostes. La muerte del bienaventurado Pablo, patriarca del desierto, aconteció en el año 342 ¹.

Oracion.

Dios mío, que sois todo amor, gracias os doy por haber velado tan cuidadosamente sobre vuestra santa Iglesia; inspiradme el valor de los generosos soldados de la legion Tebana, y el espíritu interior de san Pablo.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mi mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, quiero no murmurar jamás contra mis superiores.

¹ *Vida de san Pablo* por san Jerónimo, y *Vida de san Antonio* por san Alasio. Á tales héroes tales historiadores.

LECCION XVII.

ESTABLECIMIENTO DEL CRISTIANISMO. (SIGLO IV).

Vida de san Antonio.— Origen de la vida religiosa.— Vida de santa Sinclética, primera fundadora de los monasterios de mujeres en Oriente.— Mision providencial de las Órdenes religiosas en general, y de las contemplativas en particular.— Servicios espirituales que prestan á la sociedad.— Oracion, expiacion.— Reclusion.— Historia de santa Thais.— Otro servicio, conservacion del verdadero espíritu del Evangelio.

San Pablo, cuya vida acabamos de referir, fué el padre de los solitarios. Llámense *solitarios* ó *anacoretas* los que viven solos en grutas ó en celdas separadas, ocupados en la oracion y en el trabajo manual. San Antonio, del cual vamos á hablar, fué el padre de los *cenobitas*, es decir, de los religiosos que viven en comunidad. Sin embargo, debemos remontarnos mucho mas léjos si deseamos encontrar el origen primitivo del estado religioso; la vida religiosa está en la naturaleza humana, y vense vestigios de ella desde la mas remota antigüedad, así entre los gentiles como entre los judíos; no hablando sino de los últimos, debemos considerar á los nazarenos y á los hijos de los Profetas como religiosos simbólicos de la nueva alianza ¹. San Juan Bautista es el lazo que en este punto reúne á ambos Testamentos. «Así como, dicen san Gregorio Nazianceno y san Crisóstomo, fueron los Apóstoles los primeros presbíteros, así san Juan Bautista fué el primer monje ².» Las Órdenes religiosas nacieron con la Iglesia; ¿acaso en los Hechos de los Apóstoles no vemos á los primeros cristianos vivir en comunidad y hacer voto de no

¹ *Filii prophetarum, quos monachos in Veteri Testamento legimus, ædificabant sibi casulas juxta fluenta Jordanis, et turbis urbium derelictis, polenta et herbis agreslibus victitabant.* (S. Hier. *Epist. IV ad Rustic.*).

² *Noster princeps Elias, noster Eliseus, nostri duces filii prophetarum qui habitaban in agris et solitudinibus, et faciebant sibi tabernacula prope fluenta Jordanis.* (Id. *Epist. XIII apud Paulin.*).—Hujus vitæ auctor Paulus, illustrator Antonius, et ut ad superiora conscendam, princeps Joannes Baptistá. (Id. *ad Eustoch. de serv. virg.*).

poseer nada propio ¹? San Ignacio, Tertuliano, san Cipriano, san Agustin, san Epifanio, los santos Padres todos nos hablan de las vírgenes consagradas al Señor, viviendo en comunidad del trabajo de sus manos.

Volvamos á san Antonio. Este nuevo Moisés nació en Egipto en el año 221, y sus padres, nobles y ricos, le educaron en la religion cristiana; huérfano á la edad de diez y ocho años, quedó á su cuidado una hermanita suya; mas habiendo Antonio, seis meses despues, oido leer en la iglesia estas palabras dirigidas al jóven del Evangelio: *Si quieres ser perfecto, vé, vende cuanto tienes, y dalo á los pobres, y tendrás un tesoro en el cielo, y ven, sígueme*², se las aplicó á sí mismo, y apenas salido de la iglesia, abandonó á sus vecinos ciento cuarenta fanegas de excelente tierra, con la condicion de que pagarian los impuestos públicos por él y por su hermana, vendió el resto de sus bienes, y distribuyó su producto á los pobres, reservándose únicamente lo necesario para su subsistencia y la de su hermana.

Algun tiempo despues oyó leer en la asamblea de los fieles estas palabras: *No andeis cuidadosos por el dia de mañana*³, y resolvió desprenderse de sus muebles en favor de los pobres; colocó en un monasterio de vírgenes á su querida hermana, la cual fué la directora de muchas personas de su sexo, y él se retiró al desierto, donde el demonio le hizo sufrir grandes tentaciones, de las cuales salió vencedor por sus continuas oraciones y por su ardiente fe.

La fama de su santidad no tardó en rodearle de una multitud de personas que deseaban verle, unas para edificarse, y otras obediendo á una vana curiosidad; y como tales visitas turbaban el reposo del devoto solitario, resolvió hundirse aun mas en el desierto. Emprendió, pues, su marcha, y despues de largos dias de fatiga, encontró un sepulcro antiguo, lleno de un gran número de animales, los que emprendieron la fuga al aproximarse el Santo; Antonio entró en él, cerró su puerta, y permaneció veinte años en aquel retiro, donde un amigo suyo le traia pan dos veces al año. Dios permitió que el demonio le atacase; primeramente quiso asustarle con un horrible estrépito, mas viendo la inutilidad de aquella primera

¹ C. 4; S. Aug. *De Civit. Dei*. lib. XVII, c. 4.

² Matth. XIX, 21.

³ Matth. VI, 34.

tentativa, le maltrató tan cruelmente, que le dejó cubierto de heridas y casi espirando.

Al recobrar sus sentidos y aun antes de levantarse, gritó á los demonios: «Todavía estoy pronto á la lucha. No, nada podrá separarme de mi Señor Jesucristo.» Los espíritus de las tinieblas no vacilan en aceptar el reto; redoblan sus esfuerzos, lanzan espantosos rugidos y revisten las formas mas asquerosas y horribles ¹. An-

¹ Estas terribles apariciones de los demonios, los duros ataques que sufrieron no solo san Antonio, sino tambien san Hilarion y los demás solitarios de la Tebaida, nos son referidos por hombres cuyos dichos no son en nada sospechosos. San Atanasio, san Jerónimo, columnas y antorchas del mundo, no eran seguramente ni de una imaginacion débil, ni de un espíritu crédulo, y por otra parte, tales hechos, por extraordinarios que parezcan, no tienen en sí nada que deba sorprendernos, pues es indudable: 1.º Que al aparecer el Cristianismo, el demonio gozaba de un poder mucho mayor que en el dia, como lo atestiguan las numerosas posesiones enumeradas en el Evangelio y en la *Historia eclesiástica*; 2.º parece igualmente cierto que el Alto Egipto en particular era habitado por algunos de los mas temibles entre todos los espíritus infernales. En efecto, en la historia de Tobías leemos que el arcángel Rafael se apoderó del demonio que atormentaba á Sara, lo encadenó y lo relegó al desierto del Alto Egipto. *Tunc Raphael angelus apprehendit demonium et relegavit eum in deserto Superioris Egypti*. San Agustin, explicando el modo como los demonios pueden ser atados y desatados, dice que estas palabras no significan otra cosa sino tener la libertad de hacer mal á los hombres, ó carecer de ella. El Arcángel ordenó de parte del Señor al demonio de Sara que se retirase y dejase en paz aquella familia fiel, esto es, le significó la revocacion de la libertad que hasta entonces le habia dado para ejercer su crueldad contra los que se acercaban á Sara; siendo relegado al Alto Egipto, no para ser encerrado allí en un lugar ó en una cárcel, sino para ejercer su poder en la extension de territorio que le seria señalado, pues Dios es el que prescribe á los demonios ciertos limites en el ejercicio de su poder, ya respecto del tiempo, ya de los lugares, de las cosas ó de las personas: solo él manda á los demonios; solo él es dueño de nuestras vidas y bienes; el demonio ó los hombres solo pueden arrebatarlos lo que Dios les abandona; si les prohíbe tocar nuestras personas, uno solo de nuestros cabellos tendrá bastante fuerza para detenerlos. (*De Civit. Dei*, lib. XX, c. 78).

El desierto del Alto Egipto, en que fué relegado el demonio de Sara, es un país inculto y estéril; san Jerónimo refiere que lo pueblan muchas serpientes y otros animales venenosos ¹; lugares que habrian permanecido sepultados en un horror y olvido eternos á no haber sido santificados por la residencia de muchos y santos solitarios que los hicieron venerables y célebres, y que cambiaron su esterilidad y horror en un paraíso de delicias y en una

¹ In Ezech. xx.

tonio permaneció inmutable, porque tenia su confianza en Dios; un rayo de luz descende sobre él, y los demonios emprenden una vergonzosa fuga. «¿Dónde estábais, pues, mi Señor y mi Dios? exclamó entonces. ¿Por qué no vinisteis desde el principio del combate, que habríais enjugado mis lágrimas y calmado mis penas?» Apenas hubo dicho estas palabras, cuando una voz le contestó: «Antonio, me hallaba cerca de tí, he sido espectador de tus combates; y porque has resistido con valor á tus enemigos, te protegeré durante el resto de tu vida, y haré célebre tu nombre por toda la tierra.» Levantóse el Santo al oír tales promesas, lleno de consuelo y de fuerza, á fin de manifestar su reconocimiento á su libertador.

Antonio resolvió adelantarse todavía mas por el desierto, y atravesando el brazo oriental del Nilo, se retiró á la cima de una montaña, y se encerró en las ruinas de un viejo castillo, donde vivió durante cerca de nueve años completamente separado del mundo.

Acercábase el momento en que los cristianos que habian permanecido en el siglo debian llegar á las manos con el Gentilismo; todo estaba preparado para el mas largo y reñido combate que hubiese sostenido jamás la Iglesia; el mundo debia ser el premio del vencedor. ¡Admirable Providencia! En aquel mismo momento hace Dios marchar á los desiertos á una multitud de nuevos Moiseses que deben elevar sus manos al cielo y decidir la victoria. Un gran número de cristianos fueron al encuentro de Antonio, y le manifestaron su ardiente deseo de vivir bajo su direccion; el Patriarca accedió á su demanda, y abandonando su montaña en el año 303, fundó el famoso monasterio de Faium; aquel mismo año, y quizás aquel mismo

tierra de eleccion, donde Jesucristo hizo brillar los mas sensibles efectos de su omnipotente gracia. El demonio, que habia establecido en ellos su imperio, se vió confinado y vencido en los mismos por los antiguos solitarios; aquel sitio es el campo de batalla donde los Antonios, los Pacomios, los Macarios, los Pafnucios y tantos otros combatieron y aterraron al demonio, el cual jamás manifestó tanto furor y tenacidad como en la defensa de aquellos desiertos, donde se habia, por decirlo así, atrincherado y fortificado. Á tan temible adversario era preciso oponer vigorosos atletas, y esto explica la retirada de nuestros héroes cristianos á aquellas famosas soledades, siendo otra de las admirables armonías que se encuentran á cada paso así en el orden moral como en el físico. Siempre dos fuerzas que se chocan y que establecen el equilibrio universal, del que resulta la prueba palpable de una Providencia. (Véase *Biblia de Venecia*, t. VIII, pág. 266).

dia, Diocleciano mandaba fijar en todas las calles de Nicomedia el sangriento edicto, que publicado en toda la extension del imperio debia inaugurar la grande y última persecucion general.

El alimento de Antonio en su nuevo género de vida consistia diariamente en seis onzas de pan mojado en agua, con un poco de sal, á la que añadía de cuando en cuando algunos dátiles; y solo en sus últimos años se permitía usar un poco de aceite. Muchas veces pasaba tres ó cuatro dias sin tomar alimento alguno; un cilicio le servia de túnica, encima del cual llevaba un sayo hecho de pieles de oveja, sujeto con un cinturon; una estera de junco era su lecho, y una piedra su almohada. Á pesar de tan rigurosas mortificaciones estaba robusto y contento, consistiendo su mayor placer en entregarse en su celda á la oración y á la contemplación; en tan santo ejercicio pasaba las noches enteras, y cuando aparecia de nuevo el sol en el horizonte, quejábase de su vuelta diciéndole: «¿Qué me importa tu luz? ¿Por qué vienes á distraerme? ¿Por qué te levantas para arrancarme á la luz del verdadero sol?»

Fácilmente se deja concebir qué clase de instrucciones debia semejante maestro dar á sus discipulos! Hé aquí algunas de las máximas que sin cesar les repetía:

«Jamás se aparte de vuestro entendimiento el recuerdo de la eternidad; todas las mañanas pensad que solo viviréis hasta el fin del día; pensad todas las noches que quizás no veréis el día de mañana.»

«Haced cada una de vuestras acciones como si debiese ser la última de vuestra vida, es decir, con todo el fervor y piedad de que seáis capaces.»

«Velad de continuo contra las tentaciones, y resistid con valor á los ataques del enemigo. El demonio es muy débil cuando se sabe desarmarle, y se le desarma con el ayuno, la oración, la humildad y las buenas obras; la señal de la cruz basta para desvanecer sus hechizos y sus ilusiones.»

Así como acuden las abejas al rededor de su colmena, cada dia llegaban al monasterio de Antonio gran número de fieles, de modo que en breve se construyeron nuevos monasterios en las inmediaciones de la montaña, en cuya cima se encontraba el arruinado castillo que habitara durante tanto tiempo el santo Patriarca. El número de los solitarios aumentó de tal manera, que despues de la

muerte de Antonio, san Serapio de Arsinoe era superior de diez mil monjes, siendo casi imposible contar los que poblaban las soledades de Menfis y de Babilonia.

Entre aquellos solitarios, unos vivian en comunidad, mientras que otros llevaban una vida anacorética en cuevas separadas: hemos dicho ya que se llamaban *cenobitas* los que vivian en comunidad, y *anacoretas* los que se retiraban á una soledad mas completa, despues de haber vivido largo tiempo en comunidad y de haber aprendido á vencer sus pasiones. Unos y otros eran conocidos con el nombre general de *monjes*, es decir, solitarios, ó de *ermitaños*, es decir, habitantes del desierto. Los cenobitas no dejaban de estar muy solitarios, puesto que no veian á nadie mas que á sus hermanos, separados como se hallaban de toda habitacion por muchas jornadas de camino, al través de arenosos y estériles desiertos, donde debia llevarse todo consigo, hasta el agua: los hermanos no se veian entre sí sino por la tarde y por la noche, en las horas de oracion, y pasaban el resto del dia en trabajar en sus celdas. San Atanasio, que les visitó con mucha frecuencia, no habla de los cenobitas sino con transportes de admiracion. «Los monasterios, dice, son otros tantos «templos llenos de personas cuya vida se pasa cantando alabanzas «á Dios, leyendo, orando, ayunando y velando; ángeles terrenos que «cifran todas sus esperanzas en los bienes futuros, que están unidos por los lazos de una admirable caridad, y que trabajan menos «para su sustento que para el de los pobres; aquellos desiertos son «como una region absolutamente separada del mundo, y cuyos felices habitantes no tienen mas objeto que el de ejercitarse en la «justicia y en la piedad.»

Todos aquellos solitarios eran regidos por el gran san Antonio, el cual no cesaba de exaltar su fervor con su vigilancia, sus exhortaciones y ejemplos; pues á pesar de haber establecido superiores subalternos, no dejó de conservar sobre ellos una inspeccion general. La veneracion de que era objeto se extendia mucho mas allá de los límites del desierto, tanto que el emperador Constantino y sus dos hijos, Constancio y Constante, le escribieron encomendándose á sus oraciones, y manifestándole sus vivos deseos de que les contestase; sorprendidos quedaron los discípulos de Antonio al ver el honor que le hacia el señor del mundo; mas su superior les dijo: «No debe causaros admiracion el que yo reciba una carta del Emperador, pues no es mas que un hombre que escribe á otro hom-

bre; pero admiraos, si, de que Dios se dignase escribirnos sus voluntades y hablarnos por medio de su propio Hijo.» Cediendo á las reiteradas representaciones de sus discípulos, escribió una carta al Emperador y á sus hijos, exhortándoles á despreciar el mundo y á no perder jamás de vista la idea del juicio final.

Antonio, que se veia en el ocaso de su vida, emprendió la visita de sus monasterios; y si bien sus principales discípulos, á quienes predijo su próximo fin, le suplicaron con lágrimas en los ojos que permanciese con ellos hasta el último momento, no quiso acceder á sus instancias. Pocos dias despues de su regreso á su celda, cayó enfermo y dijo á sus discípulos: «Cuando llegue el dia de la resurreccion, recibiré el cuerpo incorruptible de manos de Jesucristo. «Repartid mis vestidos del modo que os voy á manifestar; dad al obispo Atanasio una de mis pieles de oveja, junto con la capa que me dió nueva y que yo he usado; dad al obispo Serapio la otra piel de oveja, y guardad para vosotros mi cilicio.» Este fué el testamento de aquel grande hombre. «Adios, hijos míos, añadió; Antonio se va, y ya no está entre vosotros.» Dichas estas palabras, abrazó á sus discípulos Macario y Amathas, extendió las piernas, y durmióse tranquilamente en el Señor. Su muerte aconteció en el año 356, cuando contaba la edad de ciento y cinco años, sin que á pesar de sus mortificaciones estuviese sujeto á ninguno de los achaques que son ordinario patrimonio de la vejez.¹

Mientras que Antonio atraia al desierto á tanto número de hombres, cuyas oraciones reunidas debian violentar el cielo, una santa jóven formaba una nueva Tebaida en medio del mundo, atrayendo á la vida religiosa á infinidad de personas de su sexo. Tantos santos, tantas victimas inocentes, tantas manos elevadas al cielo noche y dia no estaban de mas para conseguir la victoria de que dependia la salvacion del mundo.

La fundadora de los primeros monasterios de mujeres fué santa Sinclética, la cual nació en Macedonia casi al mismo tiempo que nacia en Egipto san Antonio. Sus virtuosos padres, de una familia muy antigua é ilustre, resolvieron establecerse en Alejandria, atraidos por la fama de piedad que hacia entonces célebre á aquella ciudad,

¹ *Vida de los Padres del desierto*, por Arnaud d'Andilly, t. I; Helyot, *Historia de las Órdenes religiosas*, t. I.

llevándose consigo á toda su familia, compuesta de cuatro hijos, dos niños y dos niñas. La niña Sinclética se hallaba aun entre los brazos de sus padres, y ya se distinguía por su decidido amor á la virtud y á todos los ejercicios de la Religión. Una esclarecida nobleza, y una inmensa fortuna, junto con una grande hermosura, hicieron que fuese solicitada en matrimonio por los jóvenes mas distinguidos de la ciudad, mas ella los rechazó á todos, pues habia prometido á Jesucristo no tener jamás otro esposo que él, y como estaba persuadida de que era ella misma su mas peligroso enemigo, empleaba la práctica de todas las mortificaciones á fin de someter la carne al espíritu.

Después de la muerte de sus padres, aseguró el bienestar de su hermana, ciega, distribuyó sus demás bienes á los pobres, y no habiendo ya nada que la sujetase al mundo, se retiró á un sepulcro inmediato á la ciudad, á fin de aplicarse únicamente á la contemplación de las cosas celestes. Durante algun tiempo solo Dios fué testigo de la vida angélica de su sierva; pero al fin permitió que la fama de sus virtudes atravesase la oscuridad de las tinieblas á que se habia condenado.

No se pasó mucho tiempo sin que rodease la residencia de la Santa un gran concurso de mujeres y de vírgenes cristianas que deseaban consultarla acerca de materias piadosas. La Santa dió á todas las mas eficaces instrucciones para vencer las tres grandes pasiones del corazón humano, el amor de los honores, el amor de las riquezas y el amor de los placeres. Dóciles á las palabras de la sierva de Dios, la mayor parte se reunieron en comunidad, ú observaron en el mundo la vida del claustro, y éste fué el origen de los monasterios de mujeres en Oriente. Llegada á la edad de ochenta años, Sinclética se vió alligida de violentos dolores, que sufrió durante tres años y medio con una paciencia admirable; por fin entregó su hermosa alma á su Criador, después de recomendar á sus hijas que combatesen con valor, y que jamás se cansasen¹.

Así, en el plan de la Providencia para la conservación y propagación del Cristianismo, las Órdenes religiosas y en particular las contemplativas son como otros tantos Moiseses enviados lejos del combate á fin de obtener para la Iglesia el triunfo sobre sus enemi-

¹ Véase Helyot, t. I, pág. 81; Arnaud d'Andilly, *Vida de los Padres del desierto*, t. III, pág. 91.

gos, que son las persecuciones, las herejías y los escándalos. Sus miembros son otras tantas víctimas encargadas de contrabalancear las iniquidades del mundo, de modo que el grande Orígenes, hablando de los primeros religiosos, dice con estas mismas palabras «que su único cuidado es el servicio de Dios, desprendidos como están de todo negocio temporal, y que por medio del ayuno, de la oración, de la justicia, de la piedad, de la dulzura, de la castidad «y de todas las virtudes *combaten por los débiles*, de modo que los «mismos fieles se aprovechan de sus trabajos¹.»

Esta misión, propia de las Órdenes contemplativas, tiene relación con los mismos fundamentos del Cristianismo, verdad capital que importa comprender, en el día sobre todo. En efecto, el Cristianismo no es mas que una grande indulgencia, es decir, la aceptación de la víctima por excelencia ofrecida para el género humano culpable, aceptación que supone la reversibilidad de los méritos del justo al pecador, y asimismo es, pues todos somos hermanos, solidarios los unos para los otros. Si las buenas obras de los Santos son todopoderosas para atraer sobre nuestras cabezas las bendiciones del cielo, no lo son menos los crímenes de los malos para hacer caer sobre nosotros maldiciones y castigos. La prueba no puede ser mas convincente; véanse sino los males que el crimen de un solo hombre ha hecho llover sobre el género humano desde hace seis mil años. ¡Véanse las bendiciones que otro hombre, pero un Hombre-Dios, nos ha granjeado á todos con su sacrificio!

Recordemos tambien Sodoma y las demás ciudades infames que habria salvado la presencia de diez justos; y sobre todo escuchemos al mismo Dios: Jerusalen está manchada de crímenes y quiere entregarla á los asirios á fin de que la destruyan y pasen sus habitantes á cuchillo; solo una cosa puede detener su ira y salvar á la ciudad: un justo, sí, un solo justo puesto en la balanza con millares de pecadores, y el justo pesará más. *Vé, profeta*, dijo á Jeremías, *recorre todas las calles de Jerusalen, mira, examina, busca por todas sus plazas, y si encuentras á un hombre justo, perdonaré la ciudad*².

«¿Quién no admirará, exclama san Jerónimo, el aprecio que hace

¹ Homil. XXIV in Numer.; Helyot, t. I, pág. 26. Véanse tambien sobre la reversibilidad de las oraciones y penitencias las justas reflexiones de Rodríguez, *Perf. crist.* t. I, c. 3.

² Jerem. v, 1.

«Dios de un hombre justo? No dice como antiguamente á Abraham: «Perdonaré la ciudad, si hallo en ella á diez hombres justos; sino: «con tal de que halle á uno solo entre un infinito número de pecadores, les perdonaré á todos por amor de él. ¿Qué mas se quiere «para manifestar el respeto que debemos profesar á los hombres de «bien, y el gran servicio que á la república prestan, hállese donde «se hallen, y aun cuando no cuiden de otra cosa que de vivir santamente?»¹»

Así pues, una de las razones aducidas por los Santos y por los teólogos, para probar que el público debe conservar y mantener á los religiosos, aun cuando no prestasen servicio alguno exterior y permaneciesen retirados en sus claustros, es que aun en la soledad de su celda, en el fondo de su gruta, en el silencio de su oratorio prestan grandes servicios al Estado; pues Dios sufre en el mundo á tantos malvados solo por el amor de un corto número de justos; á causa del trigo deja crecer la zizaña por algun tiempo²; ¿qué digo? por ellos convierte á los pecadores, por ellos hace cesar los males temporales, ó colma á los pueblos de bendiciones.

La prueba de que el objeto de las Órdenes contemplativas es orar por la sociedad y expiar con penitencias voluntarias los pecados del mundo, está no solo en el testimonio de los santos Padres, sino tambien en sus constituciones³, y finalmente en una costumbre observada durante gran número de siglos. Esta costumbre, que el mundo jamás admirará bastante, se observaba del modo siguiente:

En la mayor parte de los monasterios, no solo de hombres sino tambien de mujeres, se elegia al religioso á quien se creia mas adelantado en la perfeccion y mas digno de ser oido por Dios; encerrábanle en una celda, á fin de que pasase en ella el resto de sus dias en la contemplacion y en una oracion *continua para todo el pueblo*, á lo cual los religiosos en su lenguaje profundamente filosófico llamaban *lanzarse al combate singular del desierto*. Llegado el dia de la reclusion, el obispo de la diócesis ó el abad del monasterio celebraba una misa de difuntos y cantaba las oraciones mortuorias sobre el recluso; en seguida le conducian procesionalmente á su celda, y despues de entrar en ella, el obispo, colocado en la puerta, cantaba un ad-

¹ S. Hier. in Jerem. c. v.

² Matth. xiii, 29.

³ Véanse particularmente las Constituciones de los Carmelitas.

mirable prefacio trazándole todos los deberes y virtudes de un Moisés cristiano encargado de orar por la Iglesia. Cerraban luego la puerta de la celda, en la cual el obispo imprimia su sello, y desde entonces en adelante no podia el recluso tener comunicacion alguna con sus hermanos; pasábanle la comida por un torno, y en caso de caer enfermo, quitaban el sello del obispo para entrar á socorrerle, pero no le era permitido salir jamás de su reclusion¹.

¿Cuánto debía ser el poder, para la felicidad del mundo, de las penitencias y de las oraciones de tantas víctimas inocentes! Al pensar que de todos los puntos del globo se elevaban, permitaseme la expresion, tan eficaces pararrayos contra las iras de la justicia divina, ¿debemos admirarnos de los milagros de gracia y de salvacion que nos ofrece la historia de las sociedades cristianas? Del fondo de la gruta del solitario partia el golpe que hiriendo al pecador en medio de sus desórdenes convertia á una oveja por largo tiempo descarriada en una oveja dócil y sumisa; entre los muchos ejemplos que podriamos citar, nos contentaremos refiriendo el de santa Thais, célebre entre cuantos nos presenta la historia, y que prueba completamente la verdad de lo que hemos sentado.

Á mediados del siglo iv vivia en Alejandria una famosa cortesana llamada Thais, la cual, si bien educada en la religion cristiana, habia visto ahogados los gérmenes de la gracia por su amor á la voluptuosidad, y por sus deseos de infame ganancia. Sus desórdenes escandalizaban el Egipto, pero á nadie afligian tan profundamente como á un santo solitario llamado Pafnucio; el venerable anciano, prosteronado en el suelo de su cueva, y con las manos elevadas al cielo, solicitaba continuamente con sus lágrimas, penitencias y oraciones la poderosa gracia que debia anonadar á la pecadora, y conducirla bañada en llanto, como otra Magdalena, á los piés de Jesucristo. Despues de ofrecerse muchas veces por víctima expiatoria, Pafnucio consultó al Señor, y el espiritu de Dios le inspiró una piadosa estratagemata para sacar á la pecadora del fango de sus desórdenes; disfrazóse de modo que fuese imposible conocerle, púsose en camino y llegó á la casa de Thais; al estar en la puerta, pidió hablarle en aposento retirado. «¿Por qué no en mi estancia? contestóle Thais. «¿Qué temeis? Si á los hombres, nadie entrará; si á Dios, es im-

¹ Véanse las ceremonias de la reclusion en san Gregorio de Tours, lib. VI, c. 39; y en Martene, *De antiq. Eccl. ritib.*; Godescard, 3 de febrero.